

□ Tiempo de lectura: 11 min.

Junto al «sentimiento por el niño», el siglo XV vio el desarrollo de un sentimiento por la familia, que era poco evidente en la Edad Media, cuando se daba prioridad a las relaciones con la masa del pueblo, dejando poco espacio a la intimidad y la vida privada. Por otro lado, se asiste a una revalorización del matrimonio y la familia a expensas del celibato eclesiástico y monástico. Para los humanistas y reformadores, estas realidades favorecían mucho la vida de la sociedad y de la Iglesia. Lutero y Calvino, no contentos con denunciar el celibato de monjes y sacerdotes como causa de inmoralidad e hipocresía, alentaron el matrimonio para todos.

San Francisco de Sales, aun manteniendo la tradición del celibato religioso y su superioridad evangélica, no dejó de ir más allá de las convenciones sociales de la época. La mayoría de sus cartas de dirección espiritual están dirigidas a hombres y mujeres casados. En su *Introducción a la vida devota*, escribió dos capítulos de innegable originalidad respecto a toda la literatura espiritual del pasado. Uno contiene «consejos para las personas casadas», el otro trata de la «honestidad del lecho matrimonial».

### **El matrimonio es una vocación**

El matrimonio es un «vínculo humano mediante el cual corazón, cuerpo y bienes se comunican el uno al otro». Después de afirmar con decisión que el matrimonio es «honorable a todos, en todos y para todos, es decir, en todas sus partes», el autor de la *Filotea* explica: «A todos, porque también los vírgenes deben honrarlo con humildad; en todos, porque es igualmente santo entre los pobres y los ricos; en todos, porque son santos su origen, su fin, sus usos, su forma y su materia».

No solo consideraba el matrimonio un gran sacramento de la Iglesia y el «semillero del cristianismo», sino que también declaraba que «la conservación del bien del matrimonio es extremadamente importante para la república». Destinado al matrimonio por su padre, Francisco de Sales lo había rechazado, según la madre de Chaugy, «no por desprecio del matrimonio, que honraba perfectamente como sacramento, sino por un cierto ardor interior y espiritual que lo impulsaba a dedicarse totalmente al servicio de la Iglesia, y a ser todo para Dios sin tener un corazón dividido».

La dignidad del matrimonio requería que el joven, y sobre todo la joven, fueran libres de elegir a su «partido». En la época la cuestión no era tan clara y las prácticas variaban. Persistían antiguas tradiciones, sobre todo entre los nobles, donde las hijas eran a menudo prometidas en tierna edad y el marido, mucho

mayor, ejercía una autoridad indiscutible sobre la pareja. Esto no quiere decir que todo fuera mal, como podemos ver en el caso de los padres de Francisco de Sales. También en otros lugares se asistía a una cierta evolución de la moral: los jóvenes se casaban a una edad más temprana y, en consecuencia, ejercían una mayor libertad.

Una de las contribuciones más significativas de Francisco de Sales fue la de ayudar a los cónyuges a darse cuenta de que su condición de vida es una vocación. Él mismo escribió a Filotea, que estaba casada, a propósito del matrimonio: «Si todos lo deben honrar, hónralo mucho sobre todo tú que por vocación estás en él». Puesto que el matrimonio es una vocación, su propósito es la santidad de los cónyuges. «Caminarás en esta vocación», escribía a una joven que acababa de casarse, «encontrarás mucho consuelo en ella y te harás muy santa al final».

El matrimonio es una vocación porque implica ante todo un don y luego una llamada, una responsabilidad. Es esto lo que el autor de la Introducción quiere infundir a las personas casadas cuando les dice: «Ha sido Dios, amigos míos, quien con su mano invisible ha estrechado el sagrado nudo de vuestro matrimonio y os ha donado el uno al otro; ¿por qué no os amáis con un amor todo santo, todo sagrado, todo divino?». También escribió a una joven que acababa de casarse: «Ama tiernamente a tu marido, como si te hubiera sido dado por la misma mano de Nuestro Señor».

## **El amor en el matrimonio**

Francisco de Sales era un defensor del matrimonio por amor en su tiempo. Rabelais y Montaigne, que exaltaban los sentimientos paternos, prestaban poca atención al amor entre cónyuges. El matrimonio era a menudo considerado incompatible con el amor, confundido con el amor-pasión, y la lógica conclusión era que se trataba solo de una institución necesaria para la sociedad. Para Francisco de Sales, el amor recíproco debía ser la característica principal, con sus dos corolarios de «unión indisoluble» de los corazones y «fidelidad inviolable del uno al otro». En la Introducción, el autor exhorta a los cónyuges a acrecentar cada vez más su «amor recíproco». Define enseguida el amor de los cónyuges como una amistad recíproca en la que se practica «la comunicación de la vida, de los bienes, de los afectos y de la fidelidad indisoluble». No deben faltar los gestos de afecto. El modelo es el gran San Luis, que «era casi reprochado por ser abundante en estas caricias».

Sin embargo, las cualidades del amor son diferentes para hombres y mujeres. Los maridos deben amar a sus esposas «tiernamente, constantemente y cordialmente»,

mientras que las esposas deben amar a sus maridos «tiernamente, cordialmente, pero con un amor respetuoso y reverente». Francisco de Sales admiraba a las personas casadas que vivían «tan dulcemente juntas con respeto mutuo, que no puede ser sin una gran caridad».

En cuanto al sacramento, es una poderosa ayuda contra la inconsistencia de nuestras resoluciones. ¡Cuántos matrimonios veríamos disolverse, exclamó, «si no fueran reforzados por el sacramento que impide la variación de este tipo de vida!». Con sorprendente realismo decía también: «Un hombre que ha vivido en paz con su mujer toda su vida, si hubiera podido cambiarla lo habría hecho una docena de veces». De hecho, «esta inconstancia del espíritu humano es extravagante, pero debe ser detenida con la fuerza de nuestras primeras resoluciones».

Aun apoyando la autoridad de los hombres dentro de la familia, el obispo de Ginebra era bien consciente de que podían abusar de ella. Con una dulce ironía sobre las pretensiones masculinas, recomienda a la mujer comprensión e indulgencia: «¡Dios mío, qué buen padre tenemos y qué buen marido tenéis! Ay, son un poco celosos de su imperio y de su dominio, que les parece un poco violado cuando se hace algo sin su autoridad y su mando. Qué quieres, deben permitir esta pequeña humanidad».

Hay que decir que esta «poca humanidad» era común en las familias, de ahí esta observación un poco desilusionada, pero buena para consolar a una viuda: «Es cierto, sin duda, que es de gran ayuda tener un buen marido, pero hay pocos, y por muy bueno que lo tengas, recibes más sumisión que asistencia».

## **El matrimonio es una escuela**

«Entre espinas o entre flores», escribía a Juana de Chantal, que fue una mujer felizmente casada antes de sufrir la tragedia y la soledad, «Dios nos hace ganar en su escuela». Todo comienza con un «cambio de condición» y un nuevo comienzo que debe hacer nacer gratitud y confianza. El matrimonio es un don, pero un don que hay que cultivar: «Debemos, pues, cultivar con mucho cuidado este corazón amado», escribía a una joven esposa, «y no escatimar nada que pueda ser útil para su felicidad». Para proteger y promover «el progreso de su matrimonio» y «santificarlo cada vez más con la amistad y la fidelidad recíproca», daba a los cónyuges consejos adaptados a su situación.

En primer lugar, Francisco de Sales enseñaba que las personas casadas deben amar su estado de vida: «Debemos amar lo que Dios ama: él ama nuestra vocación; amémosla bien también nosotros y no nos divirtamos pensando en la de los demás». A menudo nos damos cuenta de que todos querrían cambiar su condición: «quien está casado querría no estarlo, y quien no lo está querría estarlo». Y el

obispo de Ginebra se preguntaba: «¿De dónde viene esta general inquietud de los ánimos, sino de un cierto descontento por las constricciones y de una malignidad de espíritu que nos hace pensar que todos son mejores que nosotros?». Como siempre, me viene a la mente una comparación: «Quien tiene fiebre no logra encontrar un buen lugar; no ha pasado un cuarto de hora en una cama cuando querría estar en otra: no es la cama lo que puede hacerlo, es la fiebre lo que lo atormenta por todas partes». La conclusión es evidente: «Quien no tiene la terquedad de su propia voluntad se contenta con todo; con tal de que se sirva a Dios, no le importa en qué vestidura Dios lo emplee. Con tal de que haga la voluntad de Dios, para él es lo mismo».

Como pocos escritores espirituales antes que él, Francisco de Sales se atreve a hablar de «comercio nupcial», «placeres carnales» y «lecho nupcial». Para ello, utiliza una comparación tradicional, delicada pero transparente. Uno se sienta a la mesa, explica, no solo «para nutrir y conservar a la persona», sino también «por el deber de recíproca conversación y condescendencia que nos debemos». Las dos cosas que hay que evitar son el exceso, que consiste «en comer demasiado», y el desequilibrio «en el modo y la manera de comer».

Cuando la pareja estaba en crisis, apelaba no solo a la voluntad de Dios, sino también al deber y la razón. A una mujer disgustada por las acciones de un marido «disipador y despreocupado», le dio consejos de sabiduría y prudencia: «Le dije que podía hablar con fuerza y resolución, en las ocasiones en que fuera necesario, para mantener en el deber a la persona que conocía, pero que la fuerza era más fuerte cuando estaba tranquila y cuando nacía de la razón, sin una mezcla de pasión». Aconsejaba a los maridos y esposas que se ayudaran mutuamente en la vida espiritual, de lo contrario el hombre se convierte en «un animal severo, áspero y duro», y la mujer sin devoción «es muy frágil e inclinada a decaer o a empañarse en la virtud». Por el contrario, ¡qué bendición es cuando el hombre y la mujer «se santifican mutuamente en el verdadero temor del Señor!».

### **Los padres son los «cooperadores» de Dios**

La concepción y el nacimiento de un hijo son dones maravillosos que hacen a los cónyuges «cooperadores en una tarea tan digna». Francisco de Sales compuso incluso una oración especial -que se decía que repetía a menudo- para aquellos que eran incapaces de «consumar» el matrimonio. Se trataba en realidad de un exorcismo, porque se pensaba que la impotencia y la esterilidad eran causadas por el diablo y por hechizos malignos.

El amor de los padres debería servir de modelo para todos aquellos que son responsables de los demás, a quienes deberíamos desear «el corazón de los padres,

sólido, firme y constante, sin olvidar la ternura de las madres que hacen desear a los hijos los dulces, según el orden divino que gobierna cada cosa con una fuerza toda dulce y una suavidad toda fuerte».

Existe una especie de amor imitativo entre padres e hijos: «Los padres aman bien a sus hijos, pero sobre todo cuando estos se parecen a ellos o a algún predecesor suyo; los miran como en un espejo y se divierten al verlos retratar sus modos, sus rostros y sus caras». El amor de las madres por sus hijos es sorprendente, sobre todo en momentos de peligro. El instinto juega ciertamente un papel importante. La gallina es un animal sin coraje ni generosidad hasta que se convierte en madre, pero cuando lo hace «tiene un corazón de león, siempre con la cabeza erguida, siempre con los ojos somnolientos, siempre girando la vista por todas partes, hasta que hay una apariencia de peligro para sus pequeños».

También Francisco de Sales sentía en sí «los impulsos del amor paterno» cuando se ocupaba de su «hijo», el duque de Bellegarde. Para demostrar su constante preocupación por su hijo, una vez le escribió que «los buenos hijos piensan a menudo en sus padres; pero no es a menudo, es siempre que los padres tienen su espíritu en los hijos». Si un padre se comporta de manera diferente con su hijo mayor, «un hombre bien hecho, un soldado valiente y generoso», y con el más joven, «un pequeño y lindo que todavía es un niño, con buena gracia», esto no significa que ame al primero menos que al segundo. Su amor se expresa de una manera que se adapta a cada persona.

En cuanto a la responsabilidad de los padres en la educación, para Francisco de Sales estaba claro que su fundamento era la religión, en términos bíblicos el temor de Dios. De ahí esta recomendación urgente: «Cuando los niños vienen al mundo y comienzan a usar la razón, los padres y las madres deben tener mucho cuidado de inculcar en sus corazones el temor de Dios».

Los padres tienen una gran responsabilidad en la educación, hasta el punto de que su falta puede ser su propia ruina. En un sermón severo, les advierte: «Pecan si se ríen cuando ven a sus hijos abandonarse al mal lenguaje, a los peores inicios de la vanidad». Hay padres que, por un malentendido amor hacia sus hijos, están dispuestos a gastar todo tipo de dinero en ellos, pero no tienen «nada para educarlos en las letras y en las buenas costumbres». Finalmente, el amor de los padres también puede convertirse en «amor desordenado» cuando impiden a sus hijos hacerse sacerdotes o entrar en la vida religiosa.

### **El niño es la «imagen viva» de los padres**

El niño es la «prenda preciosa» del matrimonio y la «imagen viva» del padre y la madre. Aunque son herederos de los padres, no son ante todo herederos en

sentido material. Hablando con la viuda del difunto duque de Mercœur, Francisco de Sales dijo de su hija que era «la legítima heredera de sus virtudes, que él ha dejado a vuestro cuidado, señora, para que las cultivéis a través de la educación noble y cristiana que le habéis reservado».

La primera virtud de los niños es la obediencia. Su obediencia es fuente de alegría para los padres, porque «todos conocen la satisfacción que los padres reciben de la obediencia que los hijos les demuestran, y cuanto más los hijos se muestran sumisos y obedientes a sus deseos, tanto más ellos disfrutan amándolos». Pero «un hijo bien nacido no obedece a su padre por el poder que tiene de castigar su desobediencia, ni porque puede desheredarlo, sino simplemente porque es su padre».

La contrapartida de la obediencia es la confianza filial que los hijos tienen hacia los padres. Esto se ilustra con la alegoría de la hija del cirujano. Cuando estaba enferma, no pensaba en el tratamiento doloroso que le estaba dando, sino que se confiaba completamente a los cuidados de su padre, diciendo simplemente: «Mi padre me quiere, y yo soy toda suya».

A medida que los niños se convertían en adolescentes y jóvenes, las recomendaciones del obispo de Ginebra se hacían más insistentes y exigentes. A los jóvenes, dijo en un sermón sobre el tema de la cruz que cada uno de nosotros debe llevar, «les confío la cruz de la obediencia, de la castidad y de la moderación en su comportamiento, una cruz saludable que crucifica los impulsos ardientes de una sangre joven que comienza a hervir y de un coraje que aún no tiene la prudencia como guía». A estas virtudes hay que añadir la piedad filial, de la que las cigüeñas son un modelo maravilloso, porque «llevan consigo a sus viejos padres y a sus viejas madres, como cuando eran jóvenes sus padres y sus madres los habían llevado en la misma ocasión».

## **La unión de la familia**

En su libro sobre *San Francisco de Sales y nuestro corazón de carne*, Henry Bordeaux escribió acertadamente: «Es difícil imaginar un San Francisco de Sales que no provenga de una familia numerosa y unida, que no haya experimentado la legítima ternura del corazón. Sería un santo diferente, no sería el consolador inteligente, el padre dulcemente autoritario, el restaurador del espíritu familiar, el médico de las heridas ocultas».

La unión familiar se facilita mucho por los lazos naturales de sangre y de parentesco, pero esto no es suficiente. De hecho, «cuando la unión es natural, produce amor, y el amor que produce nos lleva a una nueva unión voluntaria que perfecciona la natural».

Durante una de sus estancias en Sales, Francisco quedó tan impresionado por la armonía que reinaba en ese lugar que sintió el deseo de hablar de ello a su hija espiritual. En una carta a Juana de Chantal, escribió: «Te gustaría ver una armonía tan estrecha entre cosas que suelen ser tan discordantes: suegra, nuera, cuñada, hermanos y cuñados. Entre todos estos, mi verdadera hija, puedo asegurarte, para gloria de Dios, que aquí hay un solo corazón y una sola alma».

Los disensos en familia nacían a menudo por cuestiones de herencia. Cuando en 1608 la propiedad de Monsieur de Boisy fue dividida entre sus hijos, existía el riesgo real de que el padre dejara la primera elección al más joven Bernard y que los hijos mayores se sintieran defraudados. Francisco se sintió muy aliviado al ver que todo se desarrolló de manera amistosa y en armonía.

En caso de conflicto entre marido y mujer, «el apoyo recíproco del uno al otro debe ser tan grande que los dos nunca se amarguen juntos». Con tenacidad, Francisco de Sales enseñaba a superar las aversiones, a permanecer «en la barca en la que nos encontramos» y a estar en ella «con dulzura y de buena gana». Sus recomendaciones más insistentes se refieren al apoyo recíproco, la amistad fiel no interrumpida por «amores extraños», la preocupación por la educación de los hijos, sin olvidar el buen ejemplo que hay que dar a toda la familia.

En definitiva, es el amor lo que mejor resume todo lo que Francisco de Sales ha dicho sobre el matrimonio y la familia, pero un amor que es al mismo tiempo realista e ideal. La educación en este ámbito consistirá, por tanto, en ayudar a los jóvenes a comprender todas las dimensiones de lo que hace de la familia el corazón de la existencia humana.